

AL acercarse la Humanidad al final de milenio, las crisis gemelas del autoritarismo y de la planificación centralizada socialista han dejado sólo a un competidor como ideología de validez potencialmente universal: la democracia liberal, la doctrina de la libertad individual y de la soberanía popular. Tanto en la izquierda comunista como en la derecha autoritaria las ideas se han diluido al mismo tiempo que se han manifestado incapaces de sostener la cohesión política interna de los diferentes países con sistemas dictatoriales por la ausencia de una autoridad legítima.

Esa victoria del liberalismo se ha extendido notablemente en la última década del siglo XX, poniendo en entredicho la viabilidad de los regímenes comunistas actuales como China o Cuba. Al margen de los análisis puramente económicos sobre el subdesarrollo y las teorías de la dependencia, la crisis terminal comunista empezó, en cierto sentido, cuando los dirigentes comunistas chinos y soviéticos constataron los sorprendentes crecimientos del Asia capitalista y el atraso y la pobreza a que les condenaba la planificación centralizada socialista, que fue válida para afrontar la transición del feudalismo a la sociedad de la primera revolución industrial, pero, sin embargo, se ha manifestado claramente ineficaz para afrontar los retos del siglo XX.

Este convencimiento, junto con la sangría que supuso el «Gran Salto Adelante» en el desarrollo económico chino y las nefastas consecuencias sociales y políticas de la Revolución Cultural, empujó las reformas liberalizadoras llevadas a cabo por el Partido Comunista Chino (PCCh) hace dieciséis años de la mano de Deng Xiaoping. No cabe duda del decisivo papel que ha desempeñado Deng en el proceso de reforma económica que tan buenos resultados ha tenido para el sacrificado pueblo chino. El crecimiento anual medio desde 1979 hasta hoy se sitúa en el 10 por ciento y la renta per cápita se triplicó.

La verdadera novedad que ha aportado el milagro económico chino a la ciencia social ha sido la constatación de que es posible compaginar dos sistemas que no pueden evolucionar juntos por mucho tiempo: la economía de mercado y la ausencia de libertad política. La confrontación entre esos dos conceptos y la magnitud de un país como China hacen que la mayor parte de los analistas internacionales se pregunten por el futuro de ese país después de la muerte de Deng.

La respuesta no es fácil porque la historia humana no obedece a una linealidad y porque entran en juego factores imprevisibles, lo que no impide establecer el escenario más probable. El primer factor que condiciona un diagnóstico certero es la distancia cultural que existe entre el Oriente y el Occidente. No es posible analizar las claves chinas desde postulados occidentales y por eso es necesario predecir el futuro de China desde el análisis histórico y cultural, a sabiendas que la situación actual es puramente coyuntural. En el arquetipo del pueblo chino, además del sentimiento de pertenecer a la civilización más antigua del mundo, subsiste un sentimiento de decadencia —vinculada a la dinastía manchú— y de humillación por las intervenciones extranjeras en los últimos siglos.

La muerte del anciano dirigente chino Deng Xiaoping no va a suponer un cambio radical porque la transición ya se ha hecho en los últimos años, aunque la legitimidad de Jiang Zemin no es comparable ni a la de Deng ni a la

CHINA ANTE EL SIGLO XXI

Por José María ÁLVAREZ MONZONCILLO

de Mao. Los problemas políticos surgirán posteriormente y encadenados a otros elementos de naturaleza económica y social. Los logros de la metamorfosis de una sociedad igualitaria y colectivista a una autocracia capitalista han dejado mella en el pueblo chino y no son discutidos por nadie en este momento. La actual troika de poder, compartida por Jiang Zemin, Li Peng y Quiao Shi, lejos de ser una dirección tanto colegiada como enfrentada, va a reforzar el equilibrio político en los próximos años.

El mensaje sintético de Deng, sostenido durante años, no deja lugar a dudas: «Nuestra política consiste en una tarea central, el desarrollo económico, y dos puntales básicos, el socialismo con características chinas y la continuidad de la reforma y la apertura». Sin embargo, el PCCh se enfrenta a una disyuntiva importante: frenar el desarrollo económico para impedir los factores desestabilizadores o continuar con las reformas económicas como en las últimas décadas con un marcaje ideológico férreo. Estas dos soluciones enfrentan en este momento a la dirección política china porque ambas suponen afrontar importantes retos e incertidumbres.

Mientras que Jiang Zemin, apoyándose en sus hombres procedentes de Shangai, considera que el proceso de reforma y apertura ya es imparable y es partidario de acelerarlo, al mismo tiempo que se van dando soluciones a los problemas que provoca: desigualdad social y regional, migraciones masivas, deterioro del medio ambiente, pérdida de liderazgo del PCCh, descentralización administrativa, resurgimiento nacionalista, corrupción galopante, presión internacional por los derechos humanos y por la falta de libertades, etcétera; los más conservadores, por el contrario, representados por Li Peng, que controla la mayor parte de los ministerios del Gobierno de Pekín, apuestan por una desaceleración de la reforma política y económica, conscientes de que el ritmo actual puede conducir a una situación conflictiva donde episodios como el de Tiananmen no podrán mantener la homeostasis del sistema.

El conflicto entre ambas concepciones no puede interpretarse en términos de lucha por el poder porque esas corrientes necesitan entenderse. De hecho, en esa confrontación está instalada la armonía de la política actual. Un elemento clave del actual entramado político-administrativo y de lo que pueda deparar el futuro es el ejército, cuyos componentes gozan de una buena situación porque lidera un importante conglomerado industrial que genera los ingresos necesarios para poder afrontar su modernización y cohesionar la actuación política. En el ejército chino no existen disensiones porque el decisivo poder de la Comisión Militar Central (CMC) lo ostenta Jiang Zemin y sus más fieles aliados, además de la Presidencia del país y de la Secretaría General del PCCh. En la quinta sesión plenaria del Comité Central del PCCh, celebrada el pasado mes de septiembre, se incorporaron dos aliados de Zemin —Chi Haotian y Zang Wannian— a la CMC en sustitución de hombres de confianza de Deng: Liu Huaqing y Zang Zhen.

Al mismo tiempo que Jiang Zemin va controlando casi todas las esferas del tejido de poder, existen varios movimientos políticos que pretenden arrinconar a Li Peng, como lo demuestra el intento de hacerle responsable de

la matanza de Tiananmen y asociarle al tocado Chen Xitong por acusaciones de su puesta corrupción. Li Peng debe abandonar

la Jefatura del Gobierno por un compromiso personal y por imposición legislativa en 1998. Es probable que pretenda sustituir a Jiang Zemin en algunos de los cargos que éste ostenta en la actualidad y situar a alguno de sus hombres como primer ministro, rivalizando así con Zhu Rongji.

La posible espoleta de la inestabilidad será la desigualdad social. La inflación y la introducción de elementos de rentabilidad y productividad en las empresas públicas puede crear las suficientes tensiones que cuestionen los logros del proceso de reforma. Una vez que la fe marxista del pueblo chino se ha ido diluyendo, a pesar de que todavía se encuentre arraigada en el campo en torno a la figura de Mao, el desarrollo económico hace más evidentes las disparidades, la desigualdad, la corrupción y la pérdida de poder político del partido. Al calor del recalentamiento económico está surgiendo una economía basada en la competencia que tanto obsesiona a los chinos y que hace que sea cada vez más difícil controlar la economía. En la medida en que disminuya el control de la economía por el poder político va a ser más difícil sostener el socialismo con características chinas, que en palabras de Deng consiste «en repartir los recursos derivados de la economía de mercado y aplicar el principio socialista de protección social y de mejorar la situación de los trabajadores».

La revolución maoísta y los principios marxistas se imbricaron en el pueblo chino, sin ánimo de caer en el reduccionismo, con ese sentimiento de humillación anteriormente citado y el valor fundamental de su cultura tradicional que no es la acumulación de riqueza mediante el control de la naturaleza exterior, sino la distribución equitativa de una riqueza limitada («No te preocupes de la escasez, preocúpate de la desigualdad», Confucio). Los valores marxistas fueron entendidos por una sociedad injusta, pero el leninismo casó perfectamente con las tesis confucionistas porque ambas fomentan el autoritarismo y la supeditación del individuo a la colectividad. Es por eso que las aspiraciones de los pueblos orientales de disfrutar de las libertades políticas no sean equiparables a las de otras sociedades, y, además, no asocian erróneamente democracia y riqueza.

Las autoridades chinas son conscientes de los problemas que puede conllevar el desarrollo económico y, por eso, es de esperar que controlen la inflación con mano de hierro porque puede desestabilizar el desarrollo y la calma aparente de la situación actual. El control de la inflación puede retrasar el empobrecimiento de los funcionarios, campesinos y trabajadores de las empresas públicas, pero el mantenimiento del pleno empleo, el desmantelamiento de las estructuras agrarias, que mantiene a más de ochocientos millones de personas, y la reconversión industrial en el sector público exigen de importantes capitales, de mano de obra especializada y de alta tecnología. No parece claro que el actual despegue económico sea suficiente para apuntalar esas reformas. Solamente, el poder financiero de Hong Kong, el desarrollo tecnológico de Taiwán y la mano de obra y las materias primas de la República Popular de China podrán situar a China en el progreso durante el siglo XXI. Entonces, China despertará y, como dijo Napoleón, el mundo temblará.